

Viaje por las letras árabes

Carlos Martínez Assad

La lengua árabe, desde sus orígenes míticos, o sus géneros poéticos y narrativos, es poco conocida y difundida. Para saldar esta deuda, Carlos Martínez Assad nos entrega algunos atisbos para comprender una poderosa tradición literaria de casi mil cuatrocientos años.

Contaba Ikram Antaki que contaban los árabes que Adán, el primer hombre, se expresaba en árabe cuando vivía en el Edén. Después, con la culpa su lengua original se alteró y surgió el arameo. Hubo que esperar a Ismael, hijo de Abraham y de Agar, quien habiendo conservado la lengua de Dios la revivió para que fuera hablada por los árabes.

La palabra fue el arte de los árabes, por eso inspiró la ornamentación de sus mezquitas y palacios. La caligrafía fue cultivada con habilidad y destreza haciendo con las letras una variada y original decoración de filigrana, aportación invaluable al arte universal. La imagen humana en el islam, al igual que en el judaísmo, no se podía representar.

La emoción fue el móvil principal de su palabra. La pasión se expresa en los recitativos de las canciones en las voces de la egipcia Um Kolsum y de la libanesa Fairuz, quienes repiten una y otra vez las mismas palabras para que sus escuchas puedan retenerlas. Sólo “espada” cuenta con sesenta formas para designarla.

Unas cuantas palabras sencillas auspiciaron que la aceptación del islam fuese un proceso fácil. No había, o existe, un complicado rito de conversión, apenas es necesario recitar en árabe las frases de la primera sura del *Corán*: *bismillahi raahmani rrahim...* En los inicios, por simple que fuese adoptar la doctrina de Mahoma, tenía como consecuencia la aceptación del árabe, la lengua en que se había ofrecido la revelación. Si Dios había ha-

blado a los judíos en hebreo con la *Torah*, a los cristianos en arameo y en griego con los Evangelios, debía emplear el árabe para comunicarse con los pueblos dispersos en el desierto; por eso les dio el *Corán*.

La lengua árabe está asociada en forma definitiva con la religión, aunque se convirtió en la lengua cotidiana cuando hubo necesidad de comunicarse con los gobernantes, funcionarios y comerciantes. En el periodo preislámico alcanzó forma poética en la *qasida*, versos cortos no religiosos, más bien dedicados al amor, que se recitaban de preferencia en los palacios. El auge de la lengua escrita en prosa llegó con el *Corán* y, como la religión exige conocerlo, contribuyó a divulgar el idioma. Fue utilizado igualmente en la literatura, la ciencia, el comercio... Pero, además de islamizar una tan vasta región, también arabizó otras lenguas, de tal forma que se escriben usando caracteres árabes el persa, el kurdo, el pashtun, el cashemir, el urdu, el sindí, el turco otomano, el shangatai e incluso el malayo.

En esa perspectiva, nos dice el historiador Albert Hourani en su clásico libro *Los árabes*:

La lengua árabe se difundió al mismo tiempo que el Islam, o incluso antes en ciertos lugares. En el interior de Siria y en Irak occidental, gran parte de la población ya hablaba árabe en tiempos de la conquista musulmana. Las nuevas ciudades, con sus poblaciones inmigrantes y sus gobiernos dominados por árabes, fueron los centros de una irradia-

ción más amplia del idioma. Se difundió como lengua hablada, en diferentes dialectos locales influidos por las lenguas vernáculas precedentes, y como idioma escrito, que preservó su unidad y su continuidad gracias al Corán.

En definitiva, lo que puede decirse es que la religión llevaba consigo la lengua y que ésta apenas se desarrollaba en los años previos, lo que explica que ya se divulgaran desde el año 1 de la Hégira relatos cortos y poesía. Si bien en la actualidad no todos los árabes profesan la religión de Mahoma y muchos son cristianos como en Líbano, Siria y Palestina, la mayoría de las naciones islamizadas, aunque no hablen el árabe en la vida cotidiana, tienen que recurrir a la lengua de la revelación. Algo semejante a lo que sucedió con los judíos para quienes el hebreo fue durante varios siglos sólo la lengua del rezo y asumida tiempo después como la lengua de la cotidianidad en el lenguaje coloquial.

LA FÁBULA

Los primeros escritos son fábulas muy sencillas, como la de *El león y los dos bueyes*, escrita por Lokman, quien nació en el año 1 de la Hégira (622 después de la era común) en el seno de la tribu de Ad, que fue destruida. No se tradujo en Europa sino hasta el 1615 (d.e.c.).

El relato era así:

Un león atacó a dos bueyes; pero éstos hicieron causa común y se defendieron tan bien que rechazaron al adversario con sus cuernos.

El león vióse obligado a dejarles proseguir su camino y les prometió que haría nada en el futuro, incluso en el caso de que los hallara por separado.

Los bueyes, confiando en las palabras del león, se separaron. Lo que al ser visto por el gran felino, los atacó uno después del otro, y los despedazó.

LA QASIDA

El poema comenzaba generalmente por la evocación de un lugar en el que el portador había estado y podía recurrir para evocar un amor perdido. Luego debía continuar con la descripción de un viaje y culminar con el tema real, un panegírico, una elegía o una sátira. El primer teórico de la literatura, Ibn Qutayba (828-889), produjo una descripción de la *qasida* típica que sería tenida en cuenta por poetas ulteriores. Ponía como ejemplo:

Los parajes están desiertos, los lugares donde nos detuvimos y allí donde acampamos, en Mina; Ghawl y Rijan están abandonadas. En los cauces de Rayan los lechos de los



Las maravillas de la creación, manuscrito árabe, ca. 700 d.C.

ríos están desnudos y gastados... El estiércol ennegrecido yace inmóvil, pues los que están allí partieron: largos años pasaron sobre eso, años en meses sagrados y comunes.

LA RIHLA

El lugar más destacado de la literatura árabe es el relato de viajeros. *Rihla* significa viaje, partida, marcha, salida, periplo, itinerario, emigración, concepto este último vinculado de forma particular a su cultura y que se aplica hasta ahora. Una de sus principales características es que todos sus autores escribieron en árabe, los hay musulmanes y también occidentales que provienen del Magreb o de Al Andalus. Los viajeros iban a la búsqueda de la ciencia (*talab al-ilm*) en los grandes centros orientales: Alejandría, El Cairo, Bagdad o Damasco. Muchas veces el pretexto o justificación era cumplir con el *hajj* y viajar a La Meca.

Uno de los autores sobresalientes fue el valenciano Ibn Yubayr, primero en redactar un relato de viajero enlazando literatura y viaje en *A través del Oriente*.¹ Co-

¹ Estudios, traducción, notas e índices de Felipe Amillo Salgado, Alianza Editorial, Madrid, 2007. El libro se conoció con el simple título de la *Rihla*.

menzó sus anotaciones el 30 del mes de *sawwal* del año 578 de la Hégira, es decir, el 25 de marzo de 1183, frente al Monte Sulayr, la Sierra Nevada española de nuestros días. Se trata del tiempo en que más adelante se fecharán los primeros cantos del *Poema del Mio Cid*.

El autor comenzaba diciendo:

La partida de Ahmad b. Hassan y de Muhammad b. Yubayr desde Garnata [Granada] —que Dios guarde— con la intención de llegar al Hiyaz bendito [región donde se encuentran La Meca y Medina] —que Dios asocie a ella la facilidad y comodidad y el acuerdo de su graciosa ayuda... Pasamos por Yayyan [Jaén] para la resolución de algunos asuntos...

Y así continuaba narrando los lugares por los que va pasando hasta llegar a Ceuta para embarcarse rumbo a Alejandría. Un mes después llegaron a ese destino y escribió: “En primer lugar (destaca) el hermoso sitio de la ciudad y la vasta extensión de sus construcciones, hasta tal punto que nosotros no hemos visto una ciudad de tan amplias vías, ni de más altos edificios, ni más excelente, de mayores multitudes que ésta. También sus mercados están extremadamente animados”.

Es importante que aún pudo observar y lo dejó escrito para entenderlo en nuestros días: “Entre sus maravillas, una de las más grandiosas que hayamos visto es el faro que Dios, poderoso y grande —por obra de quienes se sirvió para eso—, puso como ‘señal para los observadores’ y como punto de correcta referencia para los viajeros. Sin él no encontrarían en el mar la buena dirección hacia la tierra de Alejandría”. Por supuesto, se trataba del Faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Después, debido a los problemas por los atropellos de los funcionarios, invocaba a la figura del momento: “Este asunto que, sin duda, Saladino [1138-1193] no sabe que acontece; pues, si él lo supiese, dará orden de atajarlo, como ordenó cesar los abusos más importantes y combatiría a los que los practican”. El viajero de entonces aludía así a quien se convertiría en personaje de la historia de la región, clave en la resistencia a los cruzados, y de las leyendas que continuaban dando identidad a los árabes.

Y entre los más famosos escritores de este género, se encuentra Ibn Battuta —con su obra *A través del Islam*—,² quien salió de Tánger, donde nació, el 2 de rayab del año 725, o sea el 14 de junio de 1325. También se maravilló al llegar a Alejandría, pero ya encontró problemas en el famoso sitio identificado por los viajeros:

En esta peregrinación estuve en el faro y comprobé que uno de sus flancos estaba en ruinas. Se puede describir como una construcción cuadrada que asciende por los aires. La entrada está por cima del nivel del suelo y frente a ella hay un edificio de altura pareja a la de la puerta sobre el que caen planchas de madera para pasar y una vez izadas no hay manera de acceder a la puerta...

Luego añadiría: “A mi regreso a los países del Magreb el año 750, es decir, en el 1349, quise visitar de nuevo el faro, pero lo encontré enteramente derruido hasta el punto que no era posible ni entrar en él ni llegarse a la puerta”. Según los traductores, el género se identificaba por un curso narrativo general compuesto de descripciones detalladas que incluían lo geográfico, los paisajes, los datos económicos, los relatos religiosos y las anécdotas personales, las fábulas y los hechos verídicos e históricos.

Más adelante, Al-Manzur, segundo califa abasí, hizo traducir al árabe muchos libros griegos, latinos, siríacos y persas, como las *Fábulas* de Bidpai, la *Lógica* de Aristóteles, la *Geografía* de Ptolomeo, los *Elementos* de Euclides. *Las mil y una noches* fue traducida al árabe por el mismo Al-Manzur, treinta años antes que lo hiciera Harun-r-Raschid, que a partir de 786, es decir, en 1385, tendría un papel preponderante en sus historias.

Sin embargo, entre los siglos XVI y XIX, la literatura árabe quedó sofocada por las fuerzas aliadas del régimen otomano y del reaccionario dogma ortodoxo. En tal atmósfera autoritaria, la creatividad y la originalidad literarias permanecieron subyugadas y la literatura se redujo a poco más que un arte decorativo o a un intento por hacer alarde de habilidad lingüística. Esto es lo que en síntesis afirma Mikhail Naymy, en *Un amanecer de esperanza después de una noche de desesperación*, *Al-Funnón* (1912-1918), presagiando el despertar de la literatura árabe. Fue parte del grupo que integró Gibran Kahlil Gibran, formado por quienes auspiciaron volver la mirada a la literatura árabe con su organización al-Rabita al qalamiyya (La Liga Literaria o Liga de la Pluma), a cuyos integrantes —junto con ellos— se les considerará la avanzada de la literatura árabe moderna: Nu’ayma, Nasib Arida, Abu Madi, Rasid Ayyub, Amín al-Rihani, con un tono amargo por una nostalgia que se había afianzado en el exilio, como lo deja claro el mismo Gibran:

Hermano, cuando todo termine (sin nuestra voluntad no hubiera terminado nunca),
y la desgracia sea —por nuestro gusto— una peste que abarque el universo,
no llores, que nadie prestará oído a nuestras quejas. **U**

² Introducción, traducción y notas de Serafin Fanjul y Federico Arbós, Alianza Editorial, Madrid, 1987.